

## Palabras que fueron escritas para ser pronunciadas en un acto-homenaje a la Promoción de médicos de 1941, el 3 de octubre de 1991 en la Academia Nacional de Medicina

Francisco Montbrún

### *Explicación*

*El eminente profesor Francisco Montbrún, Miembro Correspondiente Nacional de la Academia de Medicina, fue invitado como Orador de Orden, en la sesión-homenaje a los 50 años de la Promoción Médica de 1941, que se celebraría en la Academia el día 3 de octubre de 1991. La invitación se hizo como un reconocimiento a la excelente labor docente que desarrolló en beneficio de la promoción que comenzó en 1935. El profesor Montbrún aceptó la invitación de manera inmediata y entusiasta y así quedó, aparentemente integrado el programa de la sesión-homenaje, con su discurso y palabras de un representante de la promoción. Sin que mediase una comunicación y una explicación, dirigida al orador y/o al invitador, el programa fue cambiado, tal como apareció en el anuncio de prensa de la Academia Nacional de Medicina el mismo día 3 de octubre, día en el cual nos enteramos del cambio. Ello obligó al invitador a la inmediata presentación de excusas, personalmente y por escrito, al profesor Montbrún, obteniendo una respuesta suya de gran altura, reveladora de su inmensa calidad humana.*

*No queremos conocer las causas que motivaron el cambio y como una manifestación de desagravio y de agradecimiento, publicamos el discurso que preparó.*

*Oscar Agüero.*

Acontecimientos imprevistos e hijos de circunstancias inevitables, derivados de la falta de coordinación crearon un obstáculo que a última hora era insalvable, pues ya otro había sido seleccionado. La persona que habló, el Dr. Pedro Pérez Velásquez es uno de mis más distinguidos amigos y por creer sinceramente que no hubo discriminación de mi persona, ubico a estas frases en la sección de las "Palabras que no fueron dichas", y como un homenaje a quien me encargó el discurso, el Dr. Oscar Agüero, y su promoción, ambos merecedores de mi más alta estimación, y como prueba de cuanto puede la humildad para mantener vivas las relaciones afectivas entre los hombres, les dedico lo que a con-

tinuación expreso, resultado de un discurso transformado en artículo.

La intención de ustedes de designarme como orador para esta ocasión, fue un alto honor a mi persona. Me tomó de sorpresa pues no podía pensar que un modesto preparador de aquel curso, en la asignatura de Histología, pudiera ser destacado, colocándolo a la altura de un profesor. Para entonces solamente era un estudiante de medicina. Iniciaba el sexto año y no tenía otra experiencia pedagógica que la adquirida como autodidacta en el año anterior, cuando actué improvisadamente con la promoción que comenzó sus estudios en el año de 1934. Para las dos promociones yo fui un compañero de estudios, confiados por la Facultad a mi única responsabilidad, por ser el único docente (?), encargado de todo el aspecto práctico de la Histología. Había que ser entonces una especie de aprendiz de brujo para resolver los problemas de la enseñanza-aprendizaje de la disciplina, cuyo laboratorio sólo contaba con unos cinco microscopios monoculares, de luz, sin condensador y unas cuantas láminas, preparaciones que tenían un gran valor histórico, pues algunas de ellas databan de diez y seis años antes, y eran originales del Dr. José Gregorio Hernández, orgullo de nuestra Escuela de Medicina y Fundador de la Cátedra de Ciencias Experimentales en nuestro país.

En esa época se resolvían los problemas a puro esfuerzo y así lo hubimos de hacer nosotros, por el trabajo arduo y de conjunto, sin recurrir a nadie más; y menos aún, a costa de la burocracia. Era la ruta que nos habían trazado nuestros maestros y para mí es inolvidable el párrafo del Dr. Domingo Luciani, en su ingreso a la Academia:

"Mas, cada quien dá lo que tiene, y yo, siempre obrero de la falange de los prosélitos de nuestro arte, al acudir a vuestro llamamiento sólo puedo ofrecer

lo que de sobra hay en mí: una voluntad muy decidida, un deseo muy ferviente y un entusiasmo muy verdadero".

Todos queríamos a nuestro país profundamente. Entonces le llamábamos "nuestra Patria", denominación que hoy se considera cursi, desaparecida por la influencia de los escritores de tendencia socialista y los materialistas que han derrumbado nuestros valores tradicionales.

En nuestras Escuelas Primarias se estudiaba la "Historia Patria" de Fuenmayor o del Hermano Nectario María y esa violencia infantil, que siempre ha existido, se satisfacía con sus relatos heroicos, donde se destacaban el machismo de Bermúdez, el épico romanticismo de Ribas, el arrojo y la audacia de José Antonio Páez o la elegancia y la caballeridad del Mariscal Sucre. Por encima de todo estaba la figura de Bolívar, el Libertador de las grandes ideas y de los propósitos supremos. En el fondo siempre hubo el concepto de sacrificio por el ideal, y la esfige de Girardot clavando la bandera en el cerro de Bárbula, arqueado por el último estertor de su agonía por la justa causa de la libertad era un símbolo; nunca olvidamos esa escena.

No había necesidad de recurrir a las truculencias de un Terminator de la televisión actual y la consecuencia eran los conceptos firmes y sencillos y una conducta natural y ajustada a las características y disponibilidad de la especie humana.

Todavía en 1935, imperaba la noción de Patria. Ella era una consecuencia y también una reacción ante aquella dictadura que soportaban estoicamente nuestros padres, quienes nos la transmitían.

A principios de siglo ese sentimiento ha debido ser mayor. Su consecuencia se percibe en las frases de Pino Pou, un destacado Académico:

"Sabéis, señores: la Patria no es solamente el pedazo de tierra o la montaña azul, la tumba del cementerio o la serpentina del río; la Patria es, ante todo, el valor de la Ciencia y el Arte, la más alta representación del refinamiento espiritual y cultural de una Nación". Expresaba así el autor toda la influencia transmitida como valores esenciales de una República, desde la Revolución Francesa. Francia fue nuestra Madre cultural y también cuna de nuestra Medicina, cuyas raíces emergieron firmemente de esa Nación; su tronco primario: la creación de la infraestructura hospitalaria, el Hospital Vargas, fue una auténtica copia del Lariboisiere de París; y hasta el modo de operar, razonar y

diagnosticar para terminar aplicando las recetas y las drogas, igual-mente francesas.

Fue lógico que también heredáramos de ella su romanticismo y principalmente sus preceptos morales, predicados como una exigente ética por nuestros Maestros, hombres virtuosos y estrictamente honestos, capaces de amalgamar los valores materiales de la medicina con los rígidos principios de la moral cristiana, enseñada duramente por nuestros ancestros hispanos, para crear una mística, relación espiritual con la obligación de curar, establecida sobre una base afectiva, de amor a la divinidad de esa ciencia, traducida en ayuda directa y desinteresada al hombre enfermo.

Por eso resonaban con una convincente claridad las palabras de Luis Razetti:

"La Medicina es algo más que una grande y hermosa Ciencia: es un noble apostolado, amplio, generoso, inagotable, cuyo ejercicio no reconoce como límites sino las fronteras del bien".

Lo anteriormente expresado explica la presencia de una gran filantropía en las acciones de los médicos y que la relación médico-paciente tuviera una base fundamental de altruismo. También revela la razón de los bajísimos sueldos de los cargos hospitalarios; un Jefe de Servicio ganaba cien bolívares mensuales para 1958, lo mismo que en la docencia universitaria. Eran la consecuencia del concepto que existía en relación con la obligación de enseñar y la de curar a los pacientes, quienes se ubicaban, por sus condiciones económicas, dentro de los límites de la beneficencia. Es también la explicación de la imposibilidad de los Dres. Luis Razetti y Domingo Antonio Calatrava, vecinos, de poseer una casa y así habitaron, toda su vida, en viviendas arrendadas.

La relación médico-paciente se modificó radicalmente y del medico de confianza, y del consejero familiar se pasó al ejercicio profesional practicado por equipos de especialistas, quienes emiten dictámenes técnicos que más pertenecen a un caso numerado que a una persona con nombre y apellido. Ya el pobre enfermo no puede reconocer quien es su médico, ni los miembros del equipo tienen tiempo para darle explicaciones de su mal, para cual no existe a menudo el consuelo que, antiguamente, le infundía confianza y a veces optimismo.

Las relaciones económicas con los pacientes no están sometidas a ninguna consideración con los medios de que él dispone.

Este a menudo está asegurado y sometido a gastos

que comúnmente sobrepasan sus costos de asistencia. Los seguros se hacen onerosos y tienen cada día más restricciones para sus prestaciones, las cuales son también discutidas a última hora tratando de evadir sus responsabilidades; entonces exigen toda clase de expedientes y exámenes postoperatorios, con la esperanza de encontrar una prueba que demuestre que la enfermedad es anterior a la fecha de iniciación del seguro, nunca precedido de un examen previo, evaluador del estado de salud del aspirante.

Esta gran complejidad del ejercicio actual de la medicina ofrece múltiples posibilidades de corrupción.

Cuando se está acostumbrado a ver un corrupto en cada esquina es verdaderamente alentador encontrar, como en el caso de ustedes, a un conjunto de hombres honrados, incluyendo a quienes alguna vez ejercieron el papel de administradores.

Es curioso comprobar la antigüedad de la corrupción. Me asombró encontrar en una cita del libro cuarto de Confucio, Cap 1º, la siguiente anécdota:

"Mengt-Se fue a visitar a Lian-Hei-Wang, príncipe del reino de Wei. Aquel le dijo: Si un príncipe sólo piensa en enriquecerse, sus Ministros sólo pensarán en acumular bienes para sus familias; los funcionarios y los hombres del pueblo tampoco buscarán otra cosa que su propio enriquecimiento."

Por contraste, ustedes se formaron en la caridad y la compasión de las instituciones benéficas. Sus sueldos estuvieron pagados por la íntima satisfacción de hacer el bien y gozar con ello conscientemente. Si tienen un capital en él ha predominado el aporte espiritual y cabe ese otro tipo de riqueza que los hace sentir orgullosos de ser médicos. En concordancia con estas líneas está la expresión de Gregorio

Marañón:

"No quiero ningún título o epitafio agregado a mi nombre, después de muerto, sino simplemente: Gregorio Maraño, Médico".

Y para rematar su papel de forjadores de un país fueron maestros. En la Universidad o en el más humilde medio enseñaron a centenares de discípulos y formaron desde científicos hasta los médicos prácticos de los pueblos. Aun extendieron su acción fecunda hasta el personal paramédico, las enfermeras y la gente común. Por ello cuentan con el aprecio de toda la Nación, la cual presencié esa laudable labor del grupo, consustanciado con el progreso en la formación de su componente humano.

Hasta aquí no he hablado sino del pretérito. Los antecedentes de esta promoción predicen que su acción se prolongará por muchos años más, en forma exitosa.

Hay que recordar que mantenerse vigente es igual a estar viviente y que el intelectual nunca envejece si su mente está permanentemente actualizada. Esto último genera el entusiasmo y la creación. Se demuestra una vez más que la juventud es una actitud espiritual y no tiene que estar directamente vinculada al vigor físico. Este concepto es la ayuda más eficaz para el trabajo del científico, quien está obligado, por razón de justicia, a proyectarse en la Historia.

Don Santiago Ramón y Cajal, en sus "Charlas de Café" dió este consejo:

"Emplea tu vida de manera que tus hijos te llamen tonto y tus conciudadanos benemérito. Para un espíritu de nobles ambiciones será casi siempre preferible la gratitud de la Patria a la de la Familia. La Prole perece y la Patria perdura y recuerda".

## Requisitos para preparar los textos sometidos a publicación

La Gaceta Médica de Caracas participa a los autores que ha adoptado las pautas propuestas por el Comité Internacional de Directores de Revistas Médicas, revisión 1991, cuyo texto, titulado "Requisitos uniformes para preparar los manuscritos enviados a revistas biomédicas", puede leerse y consultarse en:

Revista de Obstetricia y Ginecología de Venezuela 1991;51:251- 259.

Gaceta Médica de Caracas 1991;99:340-348.

Agradecemos a los autores atenerse estrictamente a dichos requisitos, especialmente en lo que se refiere a las referencias bibliográficas.

La Dirección.

## "Inauguración de la estatua de Kaposi en Kaposvar"

"Mauricio Kaposi (1837-1902), ex-Director de la Clínica Dermatológica de Viena, quien ha descrito el sarcoma de Kaposi y muchas otras dermatosis, nació en Kaposvar (Hungría) prefectura del Condado Somogy. Nacido con el nombre de Mauricio Kohn, luego "magiarizó" su nombre por el de Kaposi cuando vivía en Viena y trabajaba en la Clínica Dermatológica, dirigida por F. Hebra. Decía que siendo húngaro había guardado un buen recuerdo de su lugar de nacimiento, donde había pasado su infancia, y había elegido el nombre Kaposi pues significaba "hombre de Kaposvar".

En 1987 hemos colocado una placa conmemorativa en los muros del Servicio Dermatológico del Hospital de Kaposvar en memoria de M. Kaposi. Este año hemos inaugurado su busto en Kaposvar, durante la celebración del 2do. Congreso Médico Húngaro (Bupapest, agosto de 1988). El 18 de

agosto un grupo de médicos húngaros residenciados en el extranjero han venido a Kaposvar para inaugurar la estatua de M. Kaposi, hecha por Joseph Kampfl. Entre ellos estaba presente el Profesor G. Jako (Universidad de Boston, Estados Unidos), quien había abierto una subscripción pública en favor de esta estatua, entre los 800 médicos de origen húngaro que viven en los Estados Unidos. Una sesión conmemorativa ha tenido lugar en el curso de la cual hubo alocuciones sobre la historia de Kaposvar, sobre el pasado de nuestro hospital, fundado en 1846 y sobre la vida y obra de M. Kaposi.

Hoy, esta estatua se alza en el jardín de nuestro hospital, pero la obra de Kaposi es más "aere perennis" que su figura en bronce. G. Nagy". (Presse Medicale 1989;18:150).

## "Un tinte de "britanismo"

"Hay, en el origen de los neologismos bastardos, sobre todo anglo-franceses, diversos motivos y móviles. En los motivos hay que colocar el empobrecimiento del vocabulario de los médicos como del conjunto de la población. El lenguaje técnico y científico aumenta, las lecturas extraprofesionales escasean. Como un número aumentado de palabras a su disposición, muchos médicos ven, o mejor, no ven, empobrecer su capital cultural verbal.

Motivo es también la ganancia de tiempo que esas palabras recortadas permiten, pero bien pronto ellas no bastan, son necesarias las siglas y las iniciales. Cada especialidad tienen las suyas, pero en el interior mismo de una especialidad, los prácticos se enredan.

En los móviles hay un cierto tinte de "britanismo", que no resalta a los ojos de muchos, en una comuni-

cación o en una discusión. El tejido inglés, el corte inglés, el tabaco inglés, hacen presumir al hombre, la palabra inglesa también, aún en aquellos, la inmensa mayoría, que no tienen de la lengua inglesa sino un conocimiento bastante escaso. Una coquetería adicional es utilizar, como por inadvertencia una palabra cuyo origen inglés parece cierto, pero con discreción, no como el grosero "franglés" justamente denunciado por Etiemble.

Así, recientemente, en una sociedad científica uno de nuestros colegas, por cierto desbordante de cualidades, hablaba de "acontecimiento coincidental". Nadie le recordaba, ni siquiera el autor de estas líneas, que coincidente existió siempre. Por fatiga, esa fatiga que amenaza hacer bajar los brazos: "yo estoy fatigado de indignación", decía un personaje de Montherlant..... Ph. Raverdy" (Presse Medicale 1989;18:1952).